

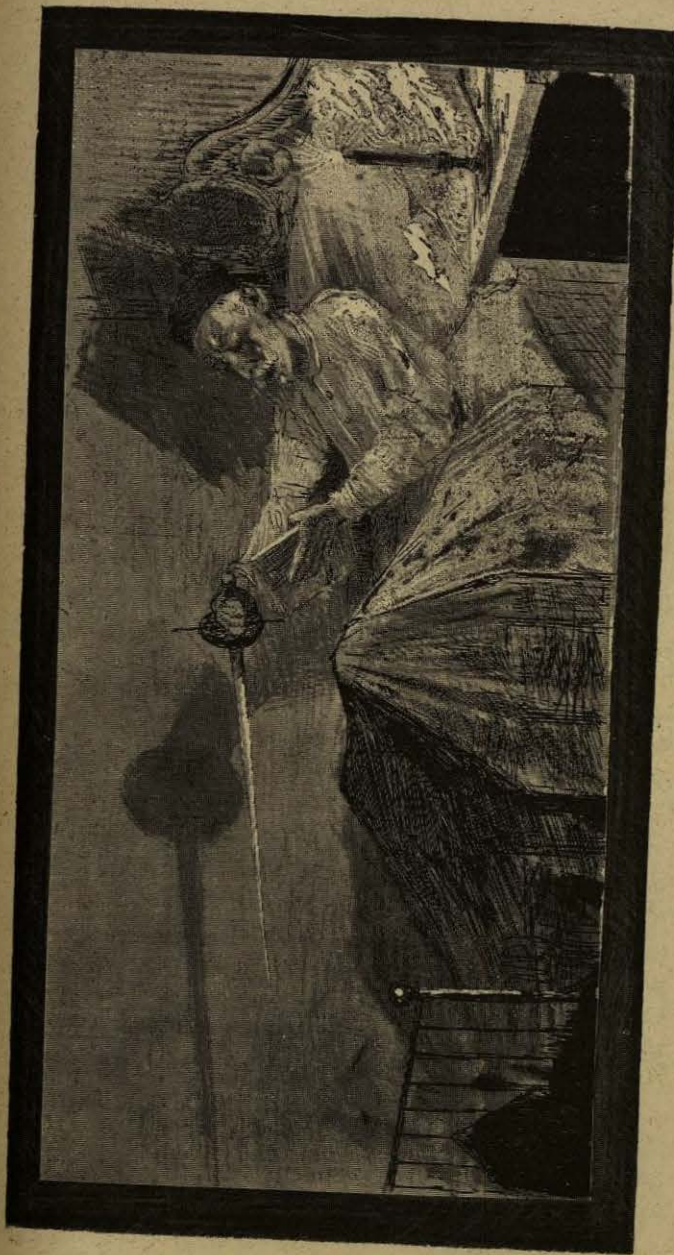
á tanta angustia, en todas aquellas luchas de su espíritu ocioso, que buscaba fuera del centro natural de la vida, fuera del hogar pábulo para el afán de amor, objeto para la sed de sacrificios...

Sin saber lo que hacía, Ana salió de sus habitaciones, atravesó el estrado, á oscuras, como solía, dejó atrás un pasillo, el comedor, la galería... y sin ruido, llegó á la puerta de la alcoba de Quintanar. No estaba bien cerrada aquella puerta y por un intersticio vió Ana claridad. No dormía su marido. Se oía un rum rum de palabras.

«¿ Con quién habla ese hombre ? » Acercó la Regenta el rostro á la raya de luz y vió á don Víctor sentado en su lecho; de medio cuerpo abajo le cubría la ropa de la cama, y la parte del torso que quedaba fuera abrigábala una chaqueta de franela roja; no usaba gorro de dormir don Víctor por una superstición respetable; él, incapaz de sospechar de su Ana la falta más leve, huía de los gorros de noche por una preocupación literaria. Decía que el gorro de dormir era una punta que atraía los atributos de la infidelidad conyugal. Pero aquella noche había tenido frío, y á falta de gorro de algodón ó de hilo, se había cubierto con el que usaba de día, aquel gorro verde con larga borla de oro. Ana vió y oyó que en aquel traje grotesco Quintanar leía en voz alta, á la luz de un candelabro elástico clavado en la pared.

Pero hacía más que leer, declamaba; y, con cierto miedo de que su marido se hubiera vuelto loco, pudo ver la Regenta que don Víctor, entusiasmado, levantaba un brazo cuya mano oprimía temblorosa el puño de una espada muy larga, de soberbios gavilanes retorcidos. Y don Víctor leía con énfasis y esgrimía el acero brillante, como si estuviera armando caballero al espíritu familiar de las comedias de capa y espada.

Admitida la situación en que se creía Quintanar, era



muy noble y verosímil acción la de azotar el aire con el limpio acero. Se trataba de defender en hermosos versos del siglo diez y siete á una señora que un su hermano quería descubrir y matar, y don Víctor juraba en quintillas que antes le harían á él tajadas que consentir, siendo como era caballero, atrocidad semejante.

Pero como la Regenta no estaba en antecedentes, sintió el alma en los piés al considerar que aquel hombre con gorro y chaqueta de franela que repartía mandobles desde la cama á la una de la noche, era su marido, la única persona de este mundo que tenía derecho á las caricias de ella, á su amor, á procurarla aquellas delicias que ella suponía en la maternidad, que tanto echaba de menos ahora, con motivo del portal de Belén y otros recuerdos análogos.

Iba la Regenta al cuarto de su marido con ánimo de conversar, si estaba despierto, de hablarle de la misa del gallo, sentada á su lado, sobre el lecho. Quería la infeliz desechar las ideas que la volvían loca, aquellas emociones contradictorias de la piedad exaltada, y de la carne rebelde y desabrida; quería palabras dulces, intimidad cordial, el calor de la familia... algo más, aunque la avergonzaba vagamente el quererlo, quería... no sabía qué... á que tenía derecho... y encontraba á su marido declamando de medio cuerpo arriba, como muñeco de resortes que salta en una caja de sorpresa... La ola de la indignación subió al rostro de la Regenta y lo cubrió de llamas rojas. Dió un paso atrás Anita, decidiendo no entrar en el teatro de su marido... pero su falda meneó algo en el suelo, porque don Víctor gritó asustado:

—¡Quién anda ahí!

No respondió Ana.

—¿Quién anda ahí?—repitió exaltado don Víctor, que se había asustado un poco á sí mismo con aquellos versos fanfarrones.

Y algo más tranquilo, dijo á poco:

—¡Petra! Petra! ¿Eres tú, Petra?

Una sospecha cruzó por la imaginación de Ana; unos celos grotescos, tal los reputó, se le aparecieron casi como una forma de la tentación que la perseguía.

«¿Si aquel hombre sería amante de su criada?

«¡Anselmo! Anselmo!»—añadió don Víctor en el mismo tono suave y familiar.

Y Ana se retiró de puntillas, avergonzada de muchas cosas, de sus sospechas, de su vago deseo que ya se le antojaba ridículo, de su marido, de sí misma...

«¡Oh, qué ridículo viaje por salas y pasillos, á oscuras, á las dos de la madrugada, en busca de un imposible, de una grotesca farsa... de un absurdo cómico... pero tan amargo para ella...» Y Ana, sin querer, como siempre, mientras iba á tontas por el salón, pero sin tropezar, pensaba: «Y si ahora, por milagro, por milagro de amor, Alyaro se presentase aquí, en esta oscuridad, y me cogiese, y me abrazase por la cintura... y me dijera: tú eres mi amor;... yo infeliz, yo miserable, yo carne flaca, qué haría sino sucumbir... perder el sentido en sus brazos... «¡Sí, sucumbir!» gritó todo dentro de ella; y desvanecida, buscó á tientas el sofá de damasco y sobre él, tendida, medio desnuda, lloró, lloró sin saber cuánto tiempo.

Una campanada del reloj del comedor la despertó de aquella somnolencia de fiebre; tembló de frío y á tientas otra vez, el cabello por la espalda, la bata desceñida, y abierta por el pecho, llegó Ana á su tocador; la luz de esperma que se reflejaba en el espejo estaba próxima á extinguirse, se acababa... y Ana se vió como un hermoso fantasma flotante en el fondo oscuro de alcoba que tenía enfrente, en el cristal límpido. Sonrió á su imagen con una amargura que le pareció diabólica... tuvo miedo de sí misma... se refugió en la alcoba, y sobre la piel de tigre dejó caer toda la ropa

de que se despojaba para dormir. En un rincón del cuarto había dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaba algunos muebles que necesitaban tales disciplinas; y pensando ella misma en que estaba borracha... no sabía de qué, Ana, desnuda, viendo á trechos su propia carne de raso entre la holanda, saltó al rincón, empuñó los zorros de ribetes de lana negra... y sin piedad azotó su hermosura inútil, una dos, diez veces... Y como aquello también era ridículo, arrojó lejos de sí las prosaicas disciplinas, entró de un brinco de bacante en su lecho; y más exaltada en su cólera por la frialdad voluptuosa de las sábanas, algo húmedas, mordió con furor la almohada. Á fuerza de no querer pensar, por huir de sí misma, media hora después se quedó dormida.

Aquella misma mañana, á las ocho, Ana, sola, pasaba por delante de la casa del Magistral. ¿Á qué había ido allí? Aquel no era camino de la catedral. Una vaga esperanza de encontrar á don Fermín, de verle al balcón, de algo que ella no podía precisar, le había hecho tomar por la calle de los Canónigos. No topó con el suyo. Se dirigió á la catedral y se sentó sobre la tarima que había en medio del crucero, desde el coro á la capilla del Altar mayor. Apoyada la cabeza en la valla dorada, fría como un carámbano, la Regenta estuvo oyendo misa desde lejos, rezando oraciones que no terminaban y soñando despierta hasta que concluyó el coro. Vió entrar en él á su amigo, á su De Pas á quien sonrió cariñosa, con la dulzura que á él le entra por las entrañas como si fuera fuego; el Magistral no sonrió, pero su mirada fué intensa; duró muy poco, pero dijo muchas cosas, acusó, se quejó, inquirió, perdonó, agradeció... Y pasó don Fermín. Entró en el coro y se fué á su rincón. Terminadas las horas canónicas, el Magistral salió, se inclinó ante el Altar, se dirigió á la sacristía, y á poco volvió á verle la Re-

genta, sin roquete, muceta ni capa, con manteo y el sombrero en la mano. Otra vez se miraron. Ahora sonrieron los dos. Ana se levantó cinco minutos después. Sin necesidad de decírselo, ni por señas, acudieron ambos á una cita... Se encontraron á poco en el salón de doña Petronila Rianzares donde había muchas señoras y tres clérigos. Allí se había reunido la flor y nata de lo que llamaba *El Alerta* «el elemento levítico» de la población. Aquellas señoras de respetable aspecto las más, guapas y jóvenes algunas, celebraban con alegría evangélica el natalicio de Nuestro Señor Jesucristo, como si el hijo de María hubiese venido al mundo exclusivamente para ellas y otras cuantas personas distinguidas. La Natividad del Señor se les antojaba algo como una fiesta de familia. Doña Petronila, con una manteleta de raso negro, antiquísima, mal cortada, recibía á su *mundo devoto* como si estuviese ella de cumpleaños. Todo se volvía allí sonrisas, apretones de manos, elogios mutuos, carcajadas sonoras, que reflejaban el interior contento de aquellas almas en gracia de Dios. El Magistral fué recibido en triunfo. ¡Qué fino! qué atento! Una hora después tenía que subir al púlpito, en la catedral, á predicar un sermón de los de tabla, ¡y sin embargo acudía antes á dar las Pascuas á su amiga doña Petronila! «¡Qué hombre! qué angel! qué pico de oro! qué lumbrera!»

El descrédito de don Fermín no había llegado al círculo de doña Petronila; allí nadie dudaba de la virtud del Provisor, nadie la discutía. Si alguno de los presentes, fuera de aquel salón venerable, se atrevía á calumniar á aquel santo, no se sabía, no se quería saber, pero en casa del Gran Constantino nadie osaría poner en tela de juicio la santidad del Crisóstomo vetustense.

Por poco tiempo consiguieron verse solos Ana y don Fermín. Fué en el gabinete de doña Petronila. Ella los

encontró...; pero sonriéndoles y saludando con la mano les dijo, desde la puerta:

—Nada, nada... venía por unos papeles... Ya volveré...

Ana iba á llamarla: «no había secretos, ¿por qué se retiraba aquella señora?...» esto quería decirle, pero un gesto del Magistral la contuvo.

—Déjela Vd.—dijo De Pas con un tono imperioso que á la Regenta siempre le sonaba bien. Eso quería ella, que el Magistral mandase, dispusiera de ella y de sus actos.

Ana volvió hacia De Pas, que estaba cerca del balcón y le sonrió como poco antes en la catedral. Aquella sonrisa pedía perdón y bendecía.

Don Fermín estaba pálido, le temblaba la voz. Estaba más delgado que por el verano. En esto pensaba Anita.

—¡Estoy tan cansado!—dijo él y suspiró con mucha tristeza.

Ana se sentó á su lado, al verle dejarse caer en una butaca.

—¡Estoy tan solo!

—¿Cómo solo...? No entiendo.

—Mi madre me adora, ya lo sé... pero no es como yo; ella procura mi bien por un camino... que yo no quiero seguir ya... Vd. sabe todo esto, Ana.

—Pero... ¿por qué está Vd. solo? y... ¿los demás?

—Los demás... no son mi madre. No son nada mío. ¿Qué tiene Vd., Ana? ¿se pone Vd. mala? ¿qué es esto? llamaré...

—No, no, de ningún modo... Un escalofrío... un temblor... ya pasó... esto no es nada.

—¿Tendrá Vd. un ataque?

—No... el ataque se presenta con otros síntomas... deje Vd... deje Vd. Esto es frío... humedad... nada... Callaron.

De Pas vió que Ana contenía el llanto que quería saltar á la cara.

—¿Qué sucede aquí? yo necesito saberlo todo, tengo derecho... creo que tengo derecho...

Ana cayó de rodillas á los piés de su *hermano mayor*, y sollozando pudo decir:



—Si, todo, todo lo sabrá Vd... pero aquí no, en la Iglesia... Mañana... temprano...

—¡No, no, esta tarde!...

El Magistral se puso de piés. Sin que lo viese ella, que tenía escondida la cabeza entre las manos, levantó los brazos y llevó los puños crispados á los ojos. Dió dos vueltas por el gabinete. Volvió á paso largo al lado de la Regenta que seguía de rodillas, sollozando y ahogando el llanto para que no sonase.

—Ahora, Ana, ahora es mejor... aquí... aún hay tiempo...

—Aquí no, no... Ya es hora... va Vd. á llegar tarde...

—Pero ¿qué es esto... qué pasa? por caridad... se-

ñora... por compasión, Ana... no ve Vd. que tiemblo como una vara verde... Yo no soy un juguete... ¿Qué pasa... qué debo temer...? Ayer ese hombre estaba borracho... él y otros pasaron delante de mi casa... á las tres de la madrugada... Orgaz le llamaba á gritos: «¡Álvaro! Álvaro! aquí vive... tu rival... eso decía, tu rival...» la calumnia ha llegado hasta ahí...!

Ana miró espantada al Provisor... Parecía que no comprendía sus palabras...

—Sí señora, les pesa de nuestra amistad, y quieren separarnos, y así podrán conseguirlo... echan lodo en medio... y se acabó...

Era la primera vez que el Magistral hablaba así. Jamás se habían acordado en sus conversaciones de aquel peligro, de aquella calumnia; él pensaba en ella, pero no convenía á sus planes decir á la Regenta: yo soy hombre, tú eres mujer, el mundo juzga con la malicia... Pero ahora, sin poder contenerse, había dicho: *tu rival*, con fuerza... aunque aquellas palabras pudiesen asustar á la Regenta.

«Sí, sí, él también era hombre, podía ser rival, ¿por qué no?» No se conocía; se paseaba por el gabinete como una fiera en la jaula; comprendía que en aquel momento diría todo lo que le sugiriese la pasión exaltada, el amor propio herido... Después le pesaría de haber hablado... pero no importaba, ahora quería desahogar. «¡Ay! no era el Fermín de antaño.»

Ana se levantó, esperó á que el Magistral llegase en sus paseos al extremo del gabinete y dijo:

—No me ha comprendido Vd... Yo soy la que está sola... Vd. es el ingrato... Su madre le querrá más que yo... pero no le debe tanto como yo... Yo he jurado á Dios morir por Vd. si hacía falta... El mundo entero le calumnia, le persigue... y yo aborrezco al mundo entero y me arrojo á los piés de Vd. á contarle mis secretos más hondos... No sabía qué sacrificio podría

hacer por Vd... Ahora ya lo sé... Vd. me lo ha descubierto... Hablan de mi honra... ¡miserables! yo no sospechaba que se pudiera hablar de eso... pero bueno, que hablen... yo no quiero separarme del mártir que persiguen con calumnias como á pedradas... Quiero que las piedras que le hieran á Vd. me hieran á mí... yo he de estar á sus piés hasta la muerte... ¡Ya sé para qué sirvo yo! ¡Ya sé para qué nací yo! Para esto... Para estar á los piés del mártir que matan á calumnias...

—¡Silencio! Silencio, Anita... que vuelve esa señora...

El Magistral, que ahora estaba rojo, y tenía los pómulos como brasas, se acercó á la Regenta, le oprimió las manos y dijo ronco, estrangulado por la pasión:

—¡Ana, Ana!... Sin falta esta tarde... Y ahora á la catedral... junto al altar de la Concepción... en frente del púlpito...

—Hasta la tarde; pero vaya Vd. tranquilo... casi todo lo que tenía que decir... está dicho...

—¡Pero ese hombre!...

—De ese hombre... nada.

La voz de doña Petronila se había oído cuando el Magistral avisó que llegaba. Hablaba desde lejos la señora de Rianzares que decía:

—Allá va, allá va el señor Magistral, está en mi gabinete solo, repasando su sermón sin duda...

Y entró cuando Ana se volvía un poco para ocultar á su amigo la confusión que él hubiera leído en el rostro de ella, á no haber tenido que atender á doña Petronila que gritaba:

—Vamos, listo, listo... que le esperan... que creo que ha empezado la misa...

El Magistral desapareció por la puerta de la alcoba, por donde había entrado el ama de la casa.

Miró el Gran Constantino á la Regenta y tomándole

la cabeza con ambas manos la besó con estrépito en la frente; y después dijo:

—¡Pero qué hermosísima está hoy esta rosa de Jericó!

—¡A la catedral, a la catedral!—gritaron los del salón.

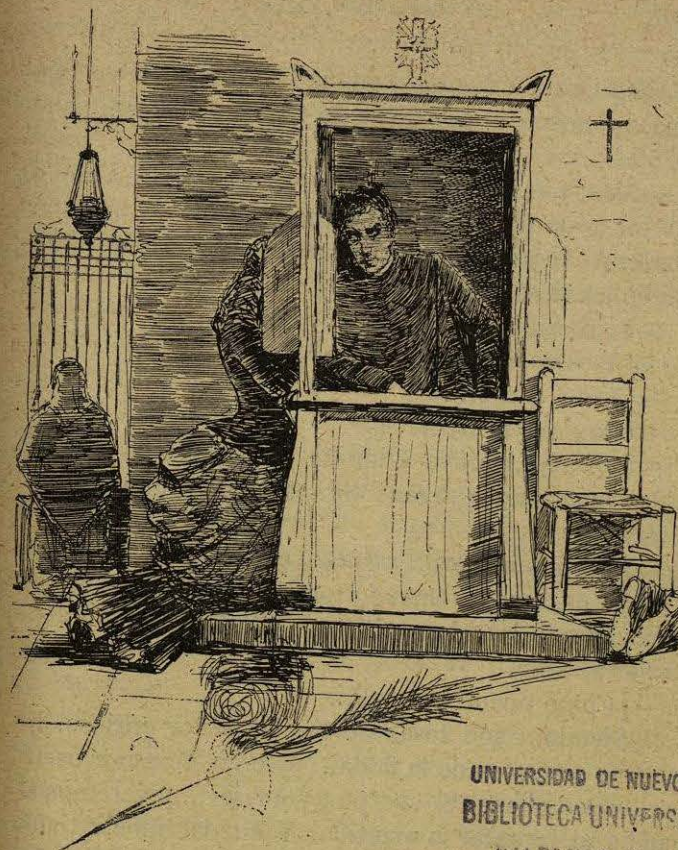
Y llegaron Ana y el obispo-madre al trascoro al mismo tiempo que De Pas subía con majestuoso paso al púlpito, donde Ripamilán cantara al comenzar el día el Evangelio de San Lucas.

Buscaron sitio al pié del altar de la Concepción.

—Desde aquí se ve perfectamente—dijo doña Petronila.

É inclinándose hacia Ana, añadió en voz baja y melosa:

—¡Mírele Vd., está hoy lo que se llama hermosísimo ese apóstol de los gentiles! ¡Qué roquete! Parece de espuma... En el nombre del Padre..., del Hijo... y del Espíritu... Santo...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

XXIV

PERO, ¿y si él se empeña en que vaya?

—Es muy débil... si insistimos, cederá.

—¿Y si no cede, si se obstina?

—Pero, ¿por qué?

—Porque... es así... No sé quién se lo ha metido por la cabeza, dice que le pongo en ridículo si no voy... Y nos alude... habla del que tiene la culpa de esto... dice que él no es amo de su casa, que se la gobiernan